

Estereotipos sexistas en sociedad y escuela

1. Definición

Los conceptos de racismo y sexismo presentan numerosas similitudes. Si el racismo hace referencia a las imágenes, actitudes, comportamientos y estereotipos discriminatorios con respecto a una etnia, el sexismo, por su parte, designa las diversas formas de discriminación basada en el sexo. Se dice que una persona es «sexista» cuando sus formas de pensamiento, de comportamiento, aparecen impregnadas, más o menos conscientemente, de sexismo. En un sentido aún más amplio, «el sexismo» es una orientación que favorece a un sexo en detrimento del otro.

El estereotipo puede considerarse como un fenómeno negativo que da lugar a una distorsión de la realidad precisamente porque supone una generalización abusiva y una simplificación desmesurada; y es erróneo en tanto transmite, sin ningún fundamento científico, unas características que se atribuyen a una etnia o a un sexo invocando una supuesta diferencia «natural». Evidentemente existen diferencias biológicas entre las etnias y entre los sexos pero éstas no puedan legitimar juicios sumarios como los que atribuyen una mayor inteligencia a una etnia que a otra, a un sexo que a otro.

Los estereotipos sexistas tienden a infravalorar a las mujeres y a las niñas y a sobrevalorar a los hombres y a los niños. A lo cual se suma la uniformidad de lo masculino y lo femenino como grupos separados y enfrentados, de tal manera que la valoración de los primeros es inseparable de la desvaloración de los segundos.

2. Caracterización de los estereotipos sexistas

La polarización de las conductas de hombres y mujeres en dos direcciones diferenciadas y confrontadas da lugar a rasgos caracterizadores de los roles sexistas:

- El rol masculino estimula una mayor proyección del varón sobre la esfera de lo público.
- A la mujer se la proyecta hacia la esfera privada.
- El varón debe centrar su horizonte vital en el marco de sus expectativas profesionales.
- La mujer deberá centrar su realización personal en el seno del universo interpersonal o privado, bien como madre, esposa o ama de casa.
- Las mujeres han de ser «expresivas», es decir, cálidas, afectuosas, responsables, obedientes, dulces.
- Los varones han de ser educados, por el contrario, en el rol «instrumental», es decir, emprendedores, seguros, fuertes físicamente, resistentes, que no dejen traslucir sus sentimientos...

Con todo ello se pretende favorecer unas actitudes en el varón que le lleven al éxito en una sociedad jerarquizadora y clasista, basada en la competitividad y la búsqueda obsesiva del lucro, el poder o el estatus privilegiado.

En la mujer, por el contrario, se favorece un espíritu de dependencia, de supeditación: deberá elaborar su programa vital en razón de los intereses del padre, del novio, del marido...

Una buena síntesis de los antagónicos estereotipos sexistas es sin duda la que aporta Álvaro García Meseguer:

Mujer	Varón
Espontaneidad	Razón
Ternura	Violencia
Debilidad física	Fuerza física
Intuición	Inteligencia
Aceptación	Autoridad
Superficialidad	Profundidad
Sensibilidad	Espíritu emprendedor
Sumisión	Dominio
Pasividad	Agresividad
Abnegación	Inconformismo
Volubilidad	Tenacidad
Pequeña necesidad sexual	Gran necesidad sexual

Todos estos estereotipos provocan el desarrollo unilateral constreñido y parcial de las personas de ambos sexos, desaprovechando el amplio caudal de dimensiones potenciales del ser humano.

Los prejuicios sexistas dañarán tanto a hombres como a mujeres.

La mujer como ser dominado y alienado sufre, no obstante, las peores consecuencias pero el hombre tampoco queda ajeno a ellas, sobre todo, cuando la educación dominante ha hecho dificultoso su contacto con la emotividad y la ternura.

Cuando, absorbido por las preocupaciones instrumentales y pragmáticas, deteriora la calidad de sus relaciones interpersonales, cuando presionado por los prejuicios dominantes se ve constreñido a identificar felicidad y éxito con la acumulación de poder, de ganancias, o simplemente, de fuerza, cuando consume su vida en la alienada y desesperada lucha por un estatus económico y social preponderante, ignorando otras dimensiones de su personalidad; cuando, subyugando a la mujer, se niega a sí mismo la posibilidad de gozar de unas relaciones de pareja apoyadas en la autenticidad, en la creatividad y en la reciprocidad equitativa.

Nuestra acción educativa debe de intentar que éstos acaben siendo conscientes de las deformaciones e imitaciones empobrecedoras a que se ven sometidos por los prejuicios

sexistas, a pesar de que dicha deformación no les sea constatable a través de la valoración social positiva de su unilateral rol masculino.

Estos roles o estereotipos sexuales no sólo delimitarían comportamientos distintos sino que serían, además, jerarquizados. Niños y niñas no sólo serían diferentes sino desiguales. Las habilidades, hábitos y supuestas solicitudes propias de las niñas tendrían una valoración inferior a las del niño. Como en toda relación de cultura dominante/cultura dominada, al mismo tiempo que se interioriza a esta última, se sacraliza como superior a la primera. El modelo de comportamiento masculino ha sido identificado durante mucho tiempo como el modelo de comportamiento universalmente válido.

3. El aprendizaje social de los estereotipos sexistas

La hipótesis del aprendizaje de los estereotipos está suficientemente probada por diversas y múltiples investigaciones que no vamos a detallar, si bien podemos enumerar como las más conocidas las llevadas a cabo por Margaret Mead en el estudio antropológico de tres poblaciones de Nueva Guinea, donde se observan los diferentes roles que asumen los varones y las mujeres en cada una de estas poblaciones; o bien la investigación de Money y Hampson llevada a cabo con niños hermafroditas, los cuales, generalmente, se identifican con el sexo asignado culturalmente.

Los agentes socializadores a través de los cuales las niñas y niños aprenden su rol sexual son: la familia, la escuela, los medios de comunicación infantiles, el lenguaje del entorno, etc. Veámoslos.

3.1. La familia

La familia es el agente más eficaz de transmisión del sexismo.

La división del trabajo entre los padres por razón de sexo (la madre dedica más tiempo a las tareas domésticas, mientras que el padre trabaja casi todo el tiempo fuera y trae el dinero a casa) tiene un papel primordial en la construcción de la propia identidad personal del niño y la niña según cual sea su sexo.

Por otra parte, el comportamiento de los padres es diferente respecto a sus hijas y a sus hijos.

Recompensan (refuerzo positivo) ciertas conductas y desaprueban (refuerzo negativo) aquellas que no cumplen el estereotipo establecido.

Frases como estas son comunes a muchas familias: «eres todo un hombre», «juego de chicos», «eso demuestra que eres fuerte», «eso es de chicas», «los chicos no lloran», etcétera.

Recordamos aquí las observaciones de Elena Gianini Belotti: «No toleramos que una niña se comporte mal, nos parece normal que se comporte mal un varón. Si una niña no es afectuosa con los niños más pequeños nos parece un monstruo lleno de maldad, de un varoncito esperamos, más bien, que los maltrate. Si una niña maltrata a su gato o a su perro vemos abismos de perversión, si lo hace un varón se lo impedimos, pero nos parece normal. Ponemos en ridículo a un niño que tiene miedo, en una niña nos parece muy normal. Nos irritamos si una niña es desordenada, se ensucia y rompe los vestidos; lo aceptamos en cambio de un varón. Si una niña se rebela a nuestros ofrecimientos de

ayuda no requeridos para superar una dificultad, se lo imponemos igualmente, si lo hace un varón nos parece ya un pequeño hombre».

Las niñas y los niños se dan cuenta desde bien pronto de las expectativas diferenciadas de los padres.

Los padres fomentan con la compra de juguetes sexistas los juegos más violentos para sus hijos varones, e incluso, reprimen con castigos físicos a éstos con más insistencia que a las niñas; todo ello acercará al varón hacia actitudes más violentas y a las niñas a la pasividad.

3.2. La escuela y el sexismo

Para el análisis de este fenómeno distinguiremos dos grandes apartados: el sexismo interiorizado a través de las prácticas pedagógicas escolares y el sexismo contenido en los libros de texto.

3.2.1. La inculcación sexista a través de las prácticas pedagógicas escolares

Todavía siguen existiendo asignaturas de diferente contenido según el sexo al que se destinan: gimnasia que privilegie el desarrollo muscular para niños y gimnasia rítmica para niñas; prioridad a la danza para las niñas y prioridad al judo para los niños. En los trabajos manuales se potencia la habilidad pretecnológica en los niños y la decorativa en las niñas. Ellos realizan juegos de madera o pintan cómics de guerra, mientras ellas hacen collares, pulseras o dibujan historias rosas. Se enseña labores domésticas a la futura mamá y al niño circuitos electrónicos.

La educación mixta se limita a la mera coincidencia física de niños y niñas en la misma aula, no es una auténtica coeducación en la que se eliminen absolutamente las discriminaciones sexistas.

En el seno de estas escuelas mixtas pero todavía sexistas, los niños y las niñas van tomando conciencia de la separación de los sexos a través de formas cada vez más útiles. En los tiempos actuales ya no se suele recurrir al clásico «los niños que formen filas a la derecha y las niñas a la izquierda», pero, sin embargo, la conciencia de grupo escindido es todavía sugerida, como hace notar Elena Gianini, a través de frases como «hoy los niños se portaron mejor que las niñas», «miren qué obedientes son las niñas, no hacen tanto ruido», «no vayas a jugar con los chicos, ya sabes que pueden hacerte daño», y frases similares.

En esta línea de pensamiento, es interesante observar cómo, en ocasiones, se imponen castigos escolares diferentes según el sexo, siendo más suaves generalmente para las niñas, ya que se las presupone una menor capacidad de resistencia. Otras veces el «castigo» para los chicos ha llegado a consistir en amenazarlos con ponerlos entre las chicas.

Todo esto se une a las pequeñas prácticas y costumbres cotidianas que los niños han interiorizado a través de las demandas y prohibiciones diferenciadas según el sexo que realizan con ellos sus profesores: los niños han de saber defenderse y contestar a la agresión, las niñas no deben ser resposdonas ni subirse a los árboles, los niños no es necesario que permanezcan junto a las faldas de su madre, las niñas no importa; las niñas deben de tener las piernas juntas al sentarse y no es de mujeres el encolerizarse.

También los profesores y profesoras de uno u otro sexo están embebidos de una serie de prejuicios sexistas en cuanto a los dones escolares, psicología y supuestas actitudes innatas de niños y niñas. Así, de acuerdo con el prejuicio dominante los varones serían generalmente más vivos, agresivos, menos disciplinados, más perezosos, más desordenados, con mayor sentido de la amistad; las niñas serían más débiles de carácter, más chismosas, menos solidarias entre sí, más metódicas y ordenadas, más patosas en los juegos físicos.

El maestro actúa a la vista de este prejuicio, pudiendo, tras los oportunos refuerzos positivos o negativos diferenciados, convertir en realidad lo que al principio era sólo una presunción; cegado por su empirismo superficial, constata unas diferencias que él considera innatas, cuando son realmente el producto de sus propios errores pedagógicos o de las presiones sociales del entorno.

En otras ocasiones se sugiere a las niñas, bajo el pretexto de que son más ordenadas «por naturaleza», que realicen pequeños servicios domésticos en el interior de la clase. Se les pide que ordenen los ficheros, los cuadernos, incluso que ejecuten pequeñas limpiezas o adornos del aula, mientras que a los chicos se les reservan las actividades de fuerza: traslado de pupitres, cargar con bultos, etc.

Los patios de recreo son un escenario donde puede observarse con frecuencia la práctica de juegos diferentes según el sexo de los ejecutantes. El niño se lanzará a los deportes más competitivos y agresivos mientras que las niñas jugarán a la comba, al tranco, o lanzarán pelotas sobre la pared para pasarlas rutinariamente entre sus piernas. Jugando a los médicos ellas serán las enfermeras y ellos los matasanos, jugando a casitas: ellas las cocineras. Con ocasión de alguna fiesta escolar no es raro que los maestros organicen carreras para los chicos y las maestras hagan corro con sus niñas para contarles los cuentos de moda. El espacio del patio está dominado por los juegos de los niños; las niñas suelen estar en rincónitos, en las esquinas, junto a las paredes, con actividades de escaso esfuerzo físico.

A propósito de los juegos, es una práctica educativa generalizada en las familias el reprimir con mayor intensidad la movilidad de la niña; éstas deben estarse quietas en mayores situaciones que los niños; no deben hacer ciertos movimientos «desconsiderados e impropios». Esto puede tener una gran repercusión en su formación, teniendo en cuenta que en los primeros años es fundamentalmente a través de los estímulos sensomotores como va a madurar el desarrollo evolutivo del niño. Una niña a la que se le reprimen ciertas manifestaciones motrices, es una niña a la que se le está negando parte de los estímulos básicos del desarrollo infantil. Afortunadamente ésta no es la única vía de estimulación cognoscitiva, por lo que no debemos sacar deducciones fatalistas apresuradas.

El agrupamiento diferenciado según el sexo es una práctica tolerada en los colegios, sin que apenas se haga nada por estimular los agrupamientos mixtos. Tras la aparente espontaneidad de estas situaciones se esconde una conducta aprendida que debería ser contraatacada con una oportuna acción pedagógica.

3.2.2. El sexismo en los libros de texto

Los libros de texto escolares están rebotantes de mensajes sexistas, ocultos tras redacciones aparentemente triviales o ilustraciones gráficas.

Son muchos los estudios que señalan la mayor aparición de personajes masculinos que femeninos en las narraciones y dibujos de los textos escolares. Además, los niños suelen ser los héroes de las aventuras narradas, los audaces, los intrépidos, los emprendedores.

En general, todos los estudios confirman la escasa aparición de mujeres en actividades laborales; cuando, no obstante, éstas aparecen con alguna profesión, suele ser en tareas que representan una prolongación del papel maternal: maestra, enfermera, puericultora; o tareas de poca cualificación: vendedora, telefonista, auxiliar administrativa; o tareas que son derivadas de actividades domésticas: cocinera, modista, planchadora, lavandera, sirvienta. Es importante hacer notar que apenas aparecen en los textos mujeres con títulos superiores: médicas, arquitectas, etc.

El rol de madre y esposa es especialmente exaltado. A veces se oculta la denigración tras ciertas aparentes adulaciones: «mamá prepara el desayuno. Qué ricas nos saben las tostadas de mamá. No hay nada en el mundo como mamá». Se resaltan a través de la madre los roles relacionados con la pasividad, la afectividad lindante con la sensiblería y actitudes sumisas de servicio. La mujer cuida enfermos y ancianos, lleva el botijo al campo, cuida gatos, lleva a los niños al colegio y los recoge. La madre, y no el padre, está especializada en la tarea de dar amor y afecto, de consolar.

El padre suele aparecer en actividades de fuerza y destreza: bricolaje, levantando maletas, empujando un coche, haciendo deporte, evitando algún peligro para sus hijos, o reposando sobre el sofá instalado en el centro de una decoración pequeño-burguesa. A veces, lee. La mujer no suele aparecer leyendo; sólo el hombre se preocupa de los acontecimientos sociales de la vida exterior a la casa. El padre puede aparecer fuera de casa en alguna actividad, la madre casi siempre para mirar.

Los hijos y las hijas son las miniaturas de los progenitores del correspondiente sexo. Los niños juegan a hacer travesuras, sólo a ellos les está relativamente tolerado realizarlas, sólo él aparece a veces por los suelos con sus juguetes, postura «impropia» de una mujercita. Hay siempre reflejada una mayor agresividad motora en los chicos, que frecuentemente corren, saltan, chillan, nadan, pescan, trepan a árboles, montan a caballo, sueñan con ser cowboys o tarzanes de la selva, se pegan entre ellos, montan y desmontan juguetes.

Las niñas, por el contrario, aparecen en situaciones más sedentarias y, en ocasiones, incluso ridículas; tienen miedo frente a una cucaracha, de una tormenta, se marean, lloran, se protegen de las bolas de nieve que les lanzan los niños, tienen miedo a los perros, no consiguen levantar una maleta, no se atreven a subir al árbol desde el que el niño suele lanzarle los frutos recogidos. Las niñas recogen flores, los varones recogen manzanas. En otras ocasiones, aquéllas aparecen en actitudes de aseo o coquetería, pintándose los labios con el lápiz de mamá a escondidas, en alguna actitud de vanidad o chismorreó. La idea de aseo va unida en la niña a la búsqueda de belleza; en el niño, a su condición higiénica y sanitaria. Los niños suelen estar estudiando, las niñas casi nunca. Las niñas casi siempre sonríen; los niños, no es absolutamente necesario. Es constante, en este sentido, la asociación de belleza, simpatía y alegría como proyecto fundamental de la mujer.

La mujer es casi siempre la obediente, la receptora del mensaje; el hombre, el emisor. Las niñas son las ayudantes u observan la actividad ejecutante del niño.

En los libros de ciencias y matemáticas los niños observan el sol y la luna con el telescopio, usan el microscopio, manejan la pipeta y la plomada, trazan figuras geométricas; las niñas, por lo general, se limitan a observar cómo ellos ejecutan estas acciones, son las que hacen los juicios de valor o los juicios subjetivos de los hechos objetivos experimentados por los niños. Cuando aparecen grupos escolares no mixtos, son generalmente masculinos.

En los libros de gramática aparecen, a veces, ejemplos de oraciones gramaticales que son en sí mismas mensajes sexistas explícitos. En un caso concreto se ilustraba el concepto de oración coordinada copulativa con este ejemplo: «Carmen hace las camas y María barre y Juan escribe novelas y cuentos». En otra ocasión, cierto libro de iniciación para párvulos pedía a los escolares que, de entre un conjunto amplio de objetos representados gráficamente, separaran el lote de los característicos de la mujer y los del hombre. En las narraciones infantiles las pequeñas compras domésticas aparecen realizadas generalmente por niñas, las grandes transacciones comerciales las realizan los hombres.

La utilización en clase del diccionario puede ser una vía de interiorización y legitimación de la ideología sexista, si tenemos en cuenta que en él todavía se mantienen definiciones deformadoras por el sexismo. Veamos algún ejemplo, referido al diccionario de la Real Academia:

Labor	Obra de coser, bordar, etc., en que se ocupan las mujeres.
Labrar	Cultivar la tierra. Coser o bordar o hacer otras labores femeninas.
Perico	Persona que gusta de callejear, a veces de vida desvuelta. Aplicase con más frecuencia a mujeres.
Penco	Persona despreciable. Dícese especialmente de las mujeres.
Pindonga	Mujer callejera, que anda, sin necesidad, de calle en calle.
Desenvoltura	Desvergüenza, deshonestidad, principalmente en las mujeres.
Sexo débil	Las mujeres.
Femenino, na	Débil endeble.
Afeminación	Molice, flojedad de ánimo.
Afeminar	Hacer perder a uno la energía.
Blando	Afeminado: que no es fuerte para el trabajo.
Sexo fuerte	Los hombres.
Varonil	Esforzado, valeroso y firme.
Fuerte	Animoso, varonil.
Fácil	Aplicado a la mujer frágil, liviana.
Favor	Expresión de agrado que suelen hacer las damas.
Ajamonarse	Hacerse jamona una mujer.

3.3. Los medios de comunicación infantiles

Los cuentos infantiles no se quedan atrás en mensajes sexistas, las protagonistas femeninas de los cuentos sienten una incontenible alegría cuando se les comunica, sin previo tanteo o consulta, que han sido elegidas como futuras esposas del galán de turno. No eligen, son elegidas. No dudan, estallan de contento. Han alcanzado su plenitud con el matrimonio.

La Cenicienta recibe como recompensa a su dócil resignación y a su ortodoxo cumplimiento de las tareas domésticas, el gran premio de la boda principesca. De nuevo, la promoción social de la mujer a través del matrimonio.

Cuando Blancanieves llega al hogar de los siete enanitos se establece la división sexual del trabajo: ellos al tajo laboral y ella a hacer camas y fregar cacharros.

Bella durmiente esperará aletargada el momento en el que la llegada de un hombre determina para ella el alcance de la madurez y la plenitud.

Las heroínas suelen pedir a sus hadas protectoras vestidos y belleza, a los héroes, en cambio, se les concede ingenio o poderes instrumentales con los que efectuar prácticamente sus hazañas. Gracias a los poderes y habilidades conseguidos, ellas se sienten salvadas y ellos los salvadores. En los cuentos, el héroe masculino además de ser mayoritariamente protagonista activo y principal, suele identificar valentía con violencia, belicosidad, acumulación de poder y fuerza, legitimidad del exterminio del adversario, etcétera. Siguiendo esta tradición violenta de los cuentos infantiles, machistas, los héroes que los medios de comunicación ofrecen como modelos a imitar están diseñados de acuerdo con ideologías en las que machismo y belicismo se entrecruzan.

El más fuerte triunfa, tiene razón. El «Bueno» es el que pelea mejor, el que mejor mata. Está justificado matar a los «malos». La violencia está justificada para defender lo nuestro; el que gana es el que suele reunir más fuerza, más poder, el que es más habilidoso con las armas. Victoria es cuando yo gano y tú pierdes. Alcanzaremos nuestras metas si «ellos» no logran las tuyas, etcétera.

3.4. El lenguaje

En el lenguaje han quedado cristalizadas diversas manifestaciones del fenómeno sexista, que el niño acabará interiorizando y asumiendo a través de su aprendizaje. Los prejuicios culturales sexistas han determinado la existencia de un lenguaje considerado «más propio de mujeres» con una entonación peculiar, una mayor abundancia de ciertos calificativos (encantador, lindo), con mayor presencia de expresiones que denotan inseguridad y reserva defensiva en los juicios (bueno, más bien, ya sabes, una especie de), con un mayor uso de interrogativas formales (hace mucho calor, ¿verdad?). También se ha señalado la mayor exigencia de fórmulas de súper-cortesía (por favor, gracias, etc.), y la consideración de «impropio de mujeres» del uso de ciertas interjecciones de contenido «fuerte» (maldita sea, mierda, coño) tendiéndose al uso de interjecciones más «moderadas» (¡vaya por Dios!, ¡anda!, ¡jo!).

En otro orden de ideas se ha señalado la distinta connotación de ciertas palabras según su referencia al género masculino o al femenino (solterón/solterona, una profesional/un profesional, gobernante/gobernanta, mujer pública/hombre público).

Las referencias universales a los individuos de ambos sexos se hacen buscando la variante masculina: «los niños» por referencia a niños/niñas, «los profesores» por profesores/profesoras, «alumnos» por alumnos/alumnas, «los autores» por autores/autoras, etc. En este mismo sentido hay que señalar la identificación semántica de la palabra «hombre» con la de «persona» o «gente».

4. Sugerencias didácticas

El maestro y la maestra deberán ofrecer su comentario crítico ante la aparición de actitudes sexistas en la escuela, sugiriendo comportamientos alternativos. Sugerirán, por ejemplo, el que niños y niñas intercambien sus juguetes y todos jueguen a todo. Evitarán que los niños y niñas hagan trabajos manuales diferenciados por su sexo. Tratarán de dar una visión crítica ante la tendencia a que éstos y éstas formen grupos separados con escasa interacción entre sí. Favorecerán la práctica de deportes comunes para ambos sexos y estimularán una utilización compartida y paritaria del espacio de recreo. Procurarán utilizar materiales docentes que estén libres de los estereotipos sexistas o, de lo contrario, hacer una lectura crítica de los pasajes más significativamente sexistas de los libros escolares usados en otros cursos por alumnos y alumnas.

Cualquier momento puede ser bueno para hacer pedagogía no sexista: a veces el comentario surgirá al analizar en los libros de Historia la política matrimonial de ciertas casas reales, otras al revisar durante la clase de literatura algún poema significativo sexista («A buen juez, mejor testigo», por ejemplo), otras, al estudiar el fenómeno de la ley Sálica, incluyendo su vigencia en la actual Constitución Española.

No estará de más en una correcta práctica educativa ayudar al niño a descodificar los mensajes ocultos presentes en los medios de comunicación a su alcance y sugerirle como actividad didáctica que recreen otras historias alternativas en las que las bellas durmientes padecen de insomnio y dan plantón a los príncipes esperados, en que los darcianos son salvados por las juliettes, en que las cenicientas rechacen las ofertas matrimoniales de sus aristocráticos pretendientes, decididas a llevar una vida más independiente gracias a las ganancias conseguidas en un negocio de producción y comercialización de zapatitos de cristal y calabazas rodantes, o en que las blancanieves encuentran empleo en la misma empresa que los siete enanitos, comen junto a ellos en la cantina un buen lote de manzanas, esta vez sólo productoras de un ligero estreñimiento del que sanarán gracias a los consejos de una médica naturista.

Puede ser útil también la puesta en escena de dramatizaciones en que se parodien los anuncios televisivos sexistas o las actitudes machistas típicas de hombres en situación convencional de galanteo. Sería una buena idea que los niños elaborasen guiones de anuncios televisivos, incluso que los filmaran en video, donde los hombres asean al recién nacido, las mujeres salvan en la Casbah a sus galanes, donde ellas se alarman ante el exagerado tufo que deja el perfume varonil del pretendiente o donde deciden convencer al marido de que no es imprescindible el lavavajillas ya que harán entre ambos la tarea.

El maestro y la maestra, en general y sistemáticamente, comentarán críticamente los estereotipos sexistas contenidos en los seriales y películas televisivas de actualidad.

Igualmente podemos hacer lecturas críticas en clase de revistas del corazón, descalificando sus grandes mitos: el matrimonio como objetivo central de la mujer y como vía de promoción social y económica, la identificación del éxito social con la acumulación de poder económico y la de la personalidad con belleza seductora, los estereotipos de mujer-objeto, mujer-hogar, mujer-madre, mujer-geisha privada, etcétera.

Se pueden hacer murales con recortes de publicidad sexista comentada y hacer estudios comparativos de la publicidad en las revistas femeninas y masculinas, semejantes al anteriormente comentado en otro apartado de este trabajo.

Podríamos, igualmente, realizar con recortes de prensa y revistas una colección de imágenes no sexistas en la que aparezcan, tanto aquellas en que hombres y mujeres realizan conjuntamente actividades iguales, como aquellas otras en que las mujeres o los hombres aparecen realizando tareas consideradas «impropias» por los prejuicios sexistas tradicionales.

Una práctica educativa que pretende ayudar a los niños a desembarazarse de los estereotipos sexistas deberá estimular la presencia en las aulas escolares de mujeres universitarias: médicas, arquitectas, ingenieras, etcétera, que al contarnos las características de sus profesiones eleven en las niñas sus expectativas profesionales y no las circunscriban al estrecho marco de las profesiones «femeninas» tradicionales.

En un aula de preescolar no debería faltar un rincón de trabajos domésticos donde niños y niñas utilizaran en común sus cocinitas de juguete y vistieran a las muñecas. Igualmente, periódicamente y en pequeños grupos de unos seis niños-as, pasarán por la cocina del centro donde les será permitido hacer alguna sencilla tarea de preparación de la comida del día.

En cualquier nivel educativo resulta positivo el que niños y niñas ayuden en el comedor escolar a la hora de quitar y poner la mesa, actividades que vendrán a compensar la influencia sexista que supone el que habitualmente sean mujeres las componentes del servicio de cocina en los centros escolares. Por ello, también sería recomendable que se invitara a las sesiones de trabajos manuales escolares a hombres expertos en el arte de cocinar y coser.

Se pueden montar algunas sesiones de teatro leído con obras significativas por su tratamiento de la problemática femenina como «La casa de las muñecas» de Ibsen, «La casa de Bernarda Alba» o «Doña Rosita la soltera» de García Lorca, «El sí de las niñas» de Moratín o «Cuentos de los bosques de Viena» de Odón von Horváth.

Tal vez convenga también la lectura crítica de los monumentos literarios del machismo español, como «Don Juan Tenorio» o algunos sainetes madrileños; para ello puede ser especialmente útil la obra «Ensayo sobre el machismo español» de José María Rodríguez Méndez.

La celebración de sesiones de cine-forum con películas feministas será sin duda de gran utilidad. Podrían ser buenos ejemplos: «La sal de la tierra», «Norma Rae» o «La mujer de Jean».

La lectura en clase de algunos pasajes del libro de Margaret Mead «Sexo y temperamento en las sociedades primitivas», antes aludido, podrá ser una buena ocasión para establecer un debate que ponga en solfa los estereotipos convencionales sobre el sexo imperantes en Occidente.

Si se manifestaran los tradicionales prejuicios que hacen basar la situación de inferioridad de la mujer y la división sexual del trabajo en su supuesta inferioridad física, convendría constatar las duras condiciones de trabajo de ciertas mujeres como, por ejemplo, las campesinas gallegas que suelen tener a su cuidado recias tareas del quehacer agrario que muchos hombres urbanos serían incapaces de realizar. Para recoger datos a este respecto nos podemos servir de entrevistas a inmigrantes gallegos o de una adecuada correspondencia interescolar.

Con motivo del Día Internacional de la Mujer Trabajadora (8 de marzo) podemos invitar a clase a miembros de grupos femini9tas locales o a mujeres sindicalistas.

Cercana esta fecha o en cualquier otro momento (un día al año puede hacer daño) se practicarán encuestas entre las mujeres trabajadoras tratando de captar las discriminaciones que padecen, como la doble jornada laboral y doméstica a la que se les condena, la carencia de guarderías y cantinas que hagan más factible su trabajo, las notables diferencias en el acceso a ciertas profesiones o cargos de responsabilidad, las discriminaciones salariales, la frecuencia de trabajos clandestinos, a domicilio o eventuales, la subyugación familiar, etcétera.

Será conveniente también la realización de monografías sobre las grandes heroínas del movimiento de emancipación femenina, para lo que se puede utilizar la bibliografía recomendada adjunta. Se hará notar la discriminatoria ausencia en las páginas de los libros de ciencias sociales de un tratamiento adecuado de la historia del citado movimiento emancipatorio.

Además, se deberá conocer y valorar aspectos de la vida de mujeres insignes como madame Curie, Rosa Luxemburg, Concepción Arenal, Pardo Bazán, Flora Tristán, etcétera.

Conviene que estimulemos a los niños para que en sus redacciones o guiones de dramatización inventen relatos en los que las mujeres sean también las protagonistas activas, audaces, aventureras, intrépidas, como en el caso del conocido personaje «Pipi Calzaslargas».

Existe en el mercado un buen lote de textos de literatura infantil feminista, entre los que cabe destacar los de la serie «A favor de las niñas» de la editorial Lumen, escritos por Adela Turín».

No vendrá mal una visita a unos grandes almacenes o a una tienda de juguetes para catalogar los juguetes sexistas y establecer un debate sobre el tema.

Puede ser útil el destapar y sacar a la superficie de la consciencia los prejuicios que los niños y las niñas han interiorizado por las presiones de su entorno; para ello podemos hacer encuestas dirigidas a ellos mismos y tras preguntarles cuestiones como: ¿qué regalo te gustaría que te hicieran?, ¿qué te gustaría ser de mayor?, ¿cuáles son tus juegos favoritos?, o tras pedirles que dibujen o narren una escena familiar con papá y mamá, pasaríamos a seleccionar sus contestaciones presumiblemente sexistas, las constataríamos en público y se haría un debate crítico sobre el tema, sugiriendo comportamientos alternativos.

La educación para sensibilizar a los niños y las niñas en actitudes no sexistas tropezará, sin duda alguna, con grandes dificultades que no deben de asustar al educador, especialmente las derivadas de la precoz asimilación de los prejuicios sexistas por parte de éstos y éstas, que ya desde los tres o cuatro años han interiorizado.

En los primeros años, como advierte Christiane Vandenplas-Holper (6), «hace todo lo posible por descubrir la regularidad de un mundo predecible; ésta constituye para él la base sobre la que poder erigir su seguridad afectiva», refiriéndose a niños y niñas.

De ahí que éstos den rango de acontecimiento natural y necesario a las convenciones sociales sexistas que observan a su alrededor. Les resultarán extrañas las excepciones a la norma predicadas por el educador. El niño y la niña, además, están habituados a interpretar el poder social como producto de la fortaleza física, del tamaño corporal («el adulto es poderoso porque es grande»), por lo que están convencidos de que las mujeres son, de alguna forma, «inferiores» a los hombres, dadas sus características físicas convencionales. Para el pequeño, especialmente, los roles y los atributos sexuales se encuentran relacionados con atributos físicos.

Por todo ello llegan a veces a convicciones fuertemente conservadoras en lo relativo al sexismo durante los primeros años. Se identifican con posterioridad con las ideologías estereotipadas que les transmiten los cómics, los telefilmes; los niños, en especial, son especialmente perversos cuando detectan pequeñas anomalías en el ejercicio de los roles sexuales establecidos, como es el caso de los niños afeminados en sus gestos o en su voz.

Estas dificultades docentes son reales pero no deben desalentar al educador, que deberá constituirse, tanto ante el niño como ante la niña, en el propagandista de unos valores alternativos que, aunque provisionalmente en muchos casos sean aceptados por ellos, quedarán en su mundo como un sistema de valores alternativo, del que echarán mano cuando las circunstancias de su desarrollo mental y moral sean más propicias.

NOTAS

(1) Citado por Christiane Vanderplas-Holper, **Educación y desarrollo social del alumno**. Ed. Anaya, Madrid, 1982.

(2) Alvaro García Meseguer. **Lenguaje y discriminación sexual**. Montesinos Editor, Barcelona, 1984.

(3) Elena Gianini Belotti. **A favor de las niñas**, Monte Avila Editores, Barcelona, 1978.

(4) Para elaborar este apartado nos hemos basado en los siguientes estudios:

- **Mujer y Educación**. Ponencia presentada a las Jornades Catalanas de la Dona.
- **Libros de texto, libros de sexo**. Colectivo de Educación del Frente de Liberación de la mujer. Cuadernos de Pedagogía, nºs 31 y 32.
- **Imagen de la mujer a través de los libros de texto**. Ponencia presentada a las jornadas de la Mujer de Euskadi.

(5) Germaine Borcelle. **La igualdad de oportunidades para las jóvenes y mujeres en la enseñanza técnica, la promoción profesional y el empleo**. Ed. Serbal/Unesco, Barcelona 1984.

(6) Christiane Vanderplas-Holper. Obra citada, pág. 193.

BIBLIOGRAFÍA

- Marta Colomina. **La celestina mecánica**. Monte Avila Editores, Caracas.
- Simone de Beauvoir. **El segundo sexo**. En Obras Completas, vol. 111, Ed. Aguilar, Madrid.
- Betty Friedam. **La mística de la feminidad**. Sagitario, Barcelona, 1965.